

R E S E Ñ A S

(PÁGINA EN BLANCO)

ALLIERES, Jacques, *Atlas linguistique de la Gascogne*. Vol. V: "Le verbe". Fasc. 1: "Cartes". Fasc. 2: "Commentaire". Paris, 1971.

El volumen V del ALG difiere bastante de los anteriores. En síntesis, las modificaciones que presenta afectan: a) a los planteamientos y finalidad, pues está destinado a la "*description du système verbal*". b) el aspecto externo: el tamaño de los mapas ha sido reducido a la cuarta parte respecto a los tomos anteriores; c) a la presentación de los materiales, ya que no se ofrecen en cada mapa las variantes de una misma forma verbal. Estas innovaciones colocan el presente volumen del ALG "aux antipodes de la conception traditionnelle des cartes dialectologiques" (p. 1), en palabras del propio autor.

Contiene el fascículo primero 456 mapas (del 1.609 al 2.065 en la numeración general de la obra), relativos todos ellos al verbo gascón. Se han presentado éstos siguiendo un orden progresivo: desde los hechos que afectan a toda la flexión verbal hasta aquellos que caracterizan a cada lexema en particular. Los primeros contienen las generalidades: preliminares fonéticos y fonológicos (1.609-1.616); los siguientes (1.607-1.620) están dedicados a hechos suprasegmentales. Un amplio sector (1.621-1.774) se ocupa de las desinencias verbales y otro grupo bien nutrido (1.775-1.965) abarca los pormenores del radical verbal. Los últimos mapas del volumen están dedicados a la flexión incoativa (1.966-2.003), a los verbos auxiliares, de "máxima lexicalización" (2.004-2.063); se añaden, finalmente, dos mapas dedicados, respectivamente, a formas perifrásticas (*quan me vague / vagui*, 2.064) y al participio (*pris / prise*, 2.065).

El segundo fascículo está dedicado al comentario de estos mapas, a lo largo de sus 302 páginas. Ambos fascículos tienen el mismo formato (28 x 22 centímetros), bastante más reducido que el de los anteriores volúmenes del Atlas.

Nuestro comentario se centrará en el fascículo 2, desde donde haremos las pertinentes referencias al 1. Comienza este fascículo 2 con la relación de

puntos de encuesta, que fueron 154 en total, de los cuales 49 coinciden con los del ALF.

En el *Prefacio* el autor expone modestamente sus temores en relación con las innovaciones llevadas a cabo. Se refieren éstas esencialmente al modo de cartografiar los hechos morfológicos, de manera integral, en lugar de ofrecerlos en listas parciales adosadas a los mapas léxicos. Con ello se proponía comprobar y demostrar la posibilidad de cartografiar la morfología dialectal. La preparación de los materiales —lenta y necesariamente pesada— fue iniciada por J. Séguy, quien transcribió de las cintas magnetofónicas, y continuada luego por J. Allières, que organizó los materiales, clasificó los paradigmas y elaboró personalmente los mapas. Hace hincapié el autor en el trabajo ingente que le exigió dicha labor.

Los mapas que integran este tomo V del ALG responden a un tipo nuevo. El autor reconoce que la manipulación a que fueron sometidos los materiales —única que a su juicio permitía la elaboración de los mapas— tiene un “caractère relativement abstrait et souvent fort complexe”, lo que, unido al uso sistemático de números y de símbolos, imposibilita su consulta directa. Por eso “la première fonction de ce fascicule 2 consiste précisément à faciliter à l’usager la lecture et l’interprétation des documents cartographiés et à lui indiquer comment s’y prendre pour reconstituer les formes intégrales à partir des données partielles” (pp. II-III). Que esta finalidad se consiga es cosa distinta, sobre la que más adelante volveremos. Estas palabras serán suficientes para dar, en principio, una idea acerca de la novedad metodológica y acerca de los resultados.

Los atlas tradicionales habían aspirado a ofrecer una imagen directamente visible, a manera de fotografía instantánea, de la realidad lingüística inventariada. Por el contrario, aquí se ofrece un *corpus* tan elaborado que se hace preciso todo un grueso volumen que es, en palabras del autor, la llave necesaria del primer fascículo (“il est la nécessaire clé du premier fascicule, sans laquelle nombre de cartes risquent de demeurer autant de sylves muettes et impénétrables”, p. III). Aparte esta función primordial, el autor aspira en el fascículo 2 a trazar las líneas estructurales básicas del sistema verbal gascón, de su dinámica (polimorfismo), de su economía de funcionamiento, aun reconociendo que no se trata de una descripción completa y circunstanciada.

El trabajo está montado exclusivamente sobre los materiales recogidos en los mapas que integran el fascículo 1. Ello viene a mostrar una vez más el valor y el alcance de los atlas lingüísticos: sus materiales son siempre, por principio, incompletos, en el sentido de que no se proponen agotar de modo exhaustivo la realidad lingüística; pero, con todo, resultan suficientes para aproximarse a las estructuras de una lengua viva o de un dialecto. Las ventajas sobre otras fuentes documentales son muchas y bien conocidas; cabe destacar la homogeneidad de los materiales, por ser estrictamente sincrónicos y procedentes de idénticos estratos socioculturales, es decir, por pertenecer a la misma lengua funcional. Ello los hace perfectamente comparables.

En ocasiones el autor intenta buscar el origen de determinados fenómenos de la sincronía actual, para lo que precisa bucear en fuentes históricas. Esta oportuna —aunque limitada —conjunción de sincronía y diacronía viene una vez más a superar la vieja antinomia.

A pesar de que las *Referencias bibliográficas* (pp. VI-VII) no pretenden ser exhaustivas, echamos de menos algunos títulos que, aunque pertenecientes al dominio hispánico, inciden directamente sobre el tema aquí tratado.

Tal, por ejemplo, el trabajo de J. Mondéjar sobre el verbo andaluz, elaborado sobre los materiales del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía (El verbo andaluz. Formas y estructuras, Anejo XC de la RFE, Madrid, 1970)*. Sobre el propio ALEA, y sobre verbos andaluces, versa el trabajo de G. Salvador, *El campo semántico "arar" en Andalucía*, en "Archivum", XV, 1965, pp. 73 a 111). J. Fernández-Sevilla (*Formas y estructuras en el léxico agrícola andaluz. Interpretación y estudio de 200 mapas lingüísticos*, C. S. I. C., Madrid, 1975) ha tratado algunos problemas relativos a la formación de verbos y a las perífrasis verbales (véase especialmente pp. 59-109). Recientemente ha aparecido el tomo VI y último del ALEA, en donde una buena porción de mapas está dedicada a la morfología verbal.

Para la confección de los mapas del vol. V del ALG se ha procedido de la siguiente manera: las formas verbales fueron fragmentadas en sus constituyentes, realizando después un mapa para cada uno de ellos. El mapa reflejará, pues, las variaciones diatópicas de cada constituyente verbal. Para ello fue necesario fragmentar las formas verbales, agrupar los rasgos comunes a varias de ellas, si era el caso, y reflejarlo en el correspondiente mapa. Se trata de un doble proceso de análisis y síntesis. Según el autor, era la novedad de la materia a tratar la que podía justificar los nuevos procedimientos.

Las encuestas se realizaron siguiendo un procedimiento indirecto, con ayuda de magnetófono. Se seleccionaron frases francesas (todos los informantes eran bilingües) en cuya traducción gascona habían de aparecer necesariamente las formas verbales buscadas (en principio sólo las simples, no las compuestas). El perfecto bilingüismo de los informantes ha sido de capital importancia para efectuar la recogida de unos materiales que, de otra manera, difícilmente podrían allegarse. Pedir a un informante que "conjugue" el verbo en sus diferentes tiempos no suele conducir a resultados positivos, por dos motivos principales: porque carece de la instrucción gramatical necesaria y, sobre todo, porque considera ridículo y aburrido el someterse a ese extraño juego. El procedimiento aquí seguido consistente, como se ha dicho, en traducir al gascón —o más exactamente al *patois* propio— una frase francesa, parece válido en principio, aunque a nadie se le ocultan los peligros de calco, muy difíciles de evitar. De todos modos, el autor dice —y dice bien— "un questionnaire vaut à vrai dire... ce qui vaut son utilisateur" (p. 7). En este caso, el encuestador fue X. Ravier, quien grabó en cintas magnetofónicas los materiales que luego serían analizados por J. Allières.

En cuanto a la terminología utilizada por el autor en el trabajo puede afirmarse que nada tiene de esotérica ni de extravagante, lo que resulta muy de agradecer en un estudio lingüístico moderno. El autor se ocupa, además, de explicar (pp. 13-17) los términos menos usuales y de fijar el sentido en que emplea aquellos que pueden resultar ambiguos por el distinto valor que les atribuyen autores o escuelas diferentes.

Bajo el epígrafe *Mise en oeuvre et cartographie* (pp. 17-22) se exponen los pasos dados desde la transcripción de las cintas magnetofónicas hasta la ejecución de los mapas. Se hace hincapié en el abrumador y fatigoso trabajo de transcripción fonética, a cargo de J. Séguy. Evidentemente, resulta más lento y laborioso transcribir en el gabinete, de las cintas magnetofónicas, que hacerlo directamente, de oído, *in situ*. No entraremos aquí en la polémica acerca de la conveniencia de uno u otro procedimiento, aunque somos partidarios del segundo, es decir, del tradicional. Una vez transcritos los datos, llega el momento de la selección de aquellos que van a ser cartografiados,

proceso igualmente laborioso. Se ha aspirado a seleccionar lo "sistemático", prescindiendo, a veces, sobre todo el plano léxico, de lo "anómalo", lo cual no deja de prestarse a discusión.

En el capítulo segundo se describen y comentan los materiales de los mapas, bajo los epígrafes *Les éléments de base* (pp. 25-32), *Les systèmes majoritaires* (pp. 32-126), *Systèmes particuliers* (pp. 127-161) con abundancia de mapas y gráficos. Por último (pp. 162-213) se ofrecen, de manera esquemática, las estructuras totales del sistema verbal en veinte localidades (*localités témoins*) repartidas simétricamente por el territorio gascón.

Quizá la parte más interesante de la obra sea el capítulo tercero, titulado *Economie*, entendida ésta como rendimiento funcional de las oposiciones. Dos aspectos principales han sido tratados aquí: 1) la economía funcional (pp. 223 a 233) y 2) la economía distribucional (pp. 235-242). El autor se muestra tributario del pensamiento de A. Martinet, quien puso bien en claro la importancia que la economía tiene en la estructura y evolución de los sistemas fonológicos, morfológicos y sintácticos, hasta el punto de que puede ser considerada como una de las bases sobre las que descansa la esencia misma de lo lingüístico. J. Allières estudia la economía en el sistema verbal gascón a tres niveles: a) marcas personales, b) *tiroirs* (término tomado de J. Damourette y E. Pichon y que designa 'los conjuntos de 6 formas verbales —una por persona— que definen simultáneamente un tiempo y un modo', véase p. 13), c) a nivel de lexemas. El autor se detiene en alguna ocasión a mostrar paralelismos y contrastes del sistema gascón con el catalán y con el castellano.

Por lo que respecta a la economía distribucional, llega a conclusiones como éstas: el centro-oeste (esencialmente Las Landas) es la zona en la que las clases verbales están menos netamente diferenciadas; la fracción central del gascón pirenaico es la que, con las zonas marginales, presenta unas oposiciones más marcadas; algunas variaciones entre clases (formas pertenecientes a los paradigmas de *bâtir* y *dormir*) se diferencian mal en el conjunto de la Gascuña, según una tendencia que se oscurece progresivamente en las zonas marginales. Todo esto lleva al autor a afirmar que "l'aire gasconne contraste donc de façon appréciable avec les aires limitrophes, mais au sein même de l'Aquitaine linguistique Béarne et Bigorre manifestent une franche originalité en renforçant des oppositions que le reste du domaine paraît au contraire estomper" (p. 237).

El capítulo cuarto está dedicado a las "Perspectivas genéticas", denominación bajo la cual se ofrecen unas consideraciones acerca de hechos debidos tal vez a evolución histórica —una evolución cuya historia es mal o totalmente desconocida—, tal vez a interferencia entre sistemas distintos.

Se comentan aquí las particularidades del vocalismo occidental del dominio. Supone el autor que, puesto que el Este ha conservado en líneas generales el primitivo vocalismo romance, se ha debido producir el tránsito de uno al otro. Nada puede afirmarse respecto a la época en que dicho paso tuvo lugar, por no disponerse de los necesarios datos históricos. En cuanto a la causa del proceso, opina J. Allières que puede tratarse de un cambio estructural espontáneo: un sistema simétrico habría venido a sustituir a un sistema asimétrico de tres grados de abertura. El catalán de Baleares ofrece un sorprendente paralelismo con el gascón de las Landas, lo que hace pensar al autor que "les processus landais sont indépendantes de toute action de substrat" (p. 264, nota).

Se comentan a continuación fenómenos de difusión limitada, para pasar luego a los *Processus généraux* (pp. 280 ss.). Se habla aquí de los procesos

de dinámica y estabilización, de ese equilibrio inestable que es la vida de cualquier organismo lingüístico. Ese dinamismo es menos apreciable en las lenguas nacionales de cultura, bajo las presiones de la norma, de la literatura, de los medios de comunicación; las hablas regionales y las hablas sin producción literaria son terreno abonado para las iniciativas individuales y, en definitiva, para el polimorfismo. Este puede obedecer a condicionamientos internos —margen de tolerancia en el interior del sistema— o externos (coexistencia en una habla dada de dos sistemas respectivamente exclusivos en áreas distintas. Frente al polimorfismo opera la estabilización, que llega a imponerse en determinados casos y circunstancias. El polimorfismo constituye, a efectos prácticos, un problema de no escasa importancia: por una parte, como es bien sabido, resulta ser rasgo muy característico de cualquier modalidad dialectal en cuanto que ésta carece de la *nivelación* que es propia de una lengua; se hace, por tanto, preciso dar cuenta de él, con la mayor fidelidad posible; por otra parte, sin embargo, se hace difícil, si no imposible, reflejarlo en los mapas, no sólo por razones de espacio, sino también por razones de claridad e incluso de estética. El problema quedó sin resolver en esta nueva técnica cartográfica; se ha optado por recoger en listas, anejas a los mapas, tales datos.

En último término, la causa de los cambios lingüísticos no es un problema lingüístico. A esta conclusión llega el autor, quien se mueve en una ideología muy francesa, que enfoca el lenguaje desde perspectivas sociológicas. Echa mano de la famosa dualidad saussureana “ley de intercambio-espíritu de campanario”; estas dos fuerzas antitéticas y complementarias pueden, a su juicio, esclarecer hechos que, de otro modo, quedarían inexplicados.

A lo largo de estas páginas hemos señalado algunas de las innovaciones del presente trabajo, la principal de las cuales es, sin duda, el alto proceso de elaboración a que han sido sometidos los materiales, así como su presentación. En otro lugar hemos abogado por la necesidad de que los materiales de los atlas lingüísticos sean sometidos a estudio, a fin de que no se conviertan en piezas de museo. El atlas lingüístico, en la concepción tradicional, era un arsenal de materiales, un “instrumento de investigación”, tal como lo caracterizó K. Jaberg en 1928. En el caso presente, los materiales objeto del volumen V del ALG han sido sometidos a estudio ya antes de aparecer, y ello es, sin duda alguna, loable. Pero ocurre que, dado el procedimiento elegido, los mapas que constituyen el fascículo 1 han venido a ser no otra cosa que un accesorio del fascículo 2, sin el cual resultan ininteligibles. Es posible que, sobre todo por cuestiones de economía, el atlas deba perder el carácter de imagen directa e impresionista que ahora tiene; pero ello no podrá ser nunca a costa de su inteligibilidad y de su “manejabilidad”.

Por otra parte, la elaboración de este tomo ha supuesto un constante proceso de selección por parte de su autor, selección realizada sobre los materiales de que se disponía y que, en la concepción tradicional, hubieran sido ofrecidos íntegros a los posibles usuarios. Ante ello, no podemos menos de preguntarnos si no se habrán sacrificado elementos que hubieran resultado útiles a futuros investigadores. Se ha perdido el carácter de “obra abierta” que tienen los atlas en la concepción tradicional.

Para reconstruir las formas y devolverlas al estado en que fueron proporcionadas por el informante es preciso un proceso de entrenamiento, no demasiado fácil ni rápido. Quien quiera hacerse una idea de la complejidad de los pasos a seguir consulte la página 22 del fascículo 2. Mucho nos tememos que el presunto usuario no quede con muchas ganas de seguir adelante. Ante esta situación, la pregunta es inevitable: ¿valdrá la pena el enorme esfuerzo realizado para la elaboración de estos mapas?

La diferencia entre este volumen y los anteriores del ALG es tan grande que más parecen obras distintas que partes de la misma obra. También aquí surge la pregunta: ¿debieron introducirse modificaciones tan profundas y radicales en una obra ya iniciada y parcialmente publicada desde hace años? Creemos que la unidad ha resultado seriamente dañada, si no totalmente deshecha.

No somos reacios a las innovaciones. El intento de J. Allières nos parece de indudable interés y es muy de agradecer el esfuerzo realizado. Quizá sirva para abrir caminos nuevos a una técnica sedimentada hace ya mucho tiempo. Y no descartamos la posibilidad de que ese camino conduzca a una tierra prometida a la que —sinceramente nos parece— no se ha llegado por ahora.

Julio Fernández-Sevilla
 Universidad Complutense de Madrid

UBIETO, Agustín, *Toponimia aragonesa medieval*. Valencia (Anuba), 1972.

Toda aportación a los estudios toponímicos, lo mismo en el plano sincrónico que en el diacrónico o documental, ha de ser considerada como valiosa *a priori*. Y esto, obviamente, por el hecho de que la toponimia puede servir de soporte a la más variada gama de estudios, tanto en el campo histórico como en el lingüístico. De ahí el interés que para la lingüística, particularmente con vistas a un mejor reconocimiento del dialecto aragonés, puede tener esta obra de A. Ubieto, consistente, en lo esencial, en una lista de formas toponímicas medievales despojadas de cartularios ya publicados, algunos de ellos provistos del correspondiente índice onomástico.

Desde el punto de vista lingüístico, cabría hacer un reparo a esta colección documental, en razón a que en ella no se han tenido en cuenta más que los macrotopónimos de localidades habitadas en la actualidad, o que, habiendo sido entidades de poblamiento en la Edad Media, por diversos avatares históricos han dejado de serlo. Es indudable que la investigación toponímica que no quiera reducirse a una simple monografía etimológica sobre un determinado nombre de lugar, debe ocuparse también de los microtopónimos que, debido a su gran heterogeneidad y a su larga pervivencia como apelativos, constituyen para el lingüista inagotable fuente de información. El autor del libro que reseñamos ha soslayado deliberadamente el rico acervo de denominaciones toponímicas menores existentes en los documentos por él manejados, sin duda por la misma necesidad de limitar el campo de su obra que, de otro modo, hubiera exigido una extensión muy considerable;

pero pensamos que la inclusión de este material habría dado mayor alcance lingüístico, y creemos también que histórico, a su trabajo.

Tal vez se echa en falta en algunas ocasiones, ciertamente no muchas, una más exacta adecuación entre la documentación medieval en este libro recogida y los datos que la encuesta directa puede proporcionar. Así, por ejemplo, *Huerrios* se da como "despoblado" próximo a Banariés (p. 150), cuando en realidad se trata de un núcleo todavía habitado; el topónimo *Retuerta* aparece ubicado en el partido judicial de Pina (p. 165) sin más indicación, aunque, presumiblemente, ha de colegirse que se refiere a un desaparecido centro de población; pues bien, esta voz toponímica designa una partida de Alfajarín situada en un meandro del Ebro, y no parece haber suficientes indicios para catalogar este término como nombre de antiguo poblamiento.

Por lo demás, la *Toponimia aragonesa medieval* resulta indudablemente útil, tanto por el índice bibliográfico de que dispone, cuanto por la apreciable masa documental dispuesta en sus páginas, cuya consulta facilita notablemente el trabajo al estudioso de la toponimia en el área aragonesa. Ojalá que este libro pueda considerarse como un primer paso en la consecución de un exhaustivo *corpus* onomástico medieval, elaborado sobre los ingentes fondos documentales de la región aragonesa.

Juan A. Frago Gracia
Universidad de Zaragoza

ALVAR, Manuel, *Vida de Santa María Egipciaca: Estudios. Vocabulario. Edición de textos* (2 vols.). Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Colección "Clásicos Hispánicos". Madrid, 1972.

No resulta difícil que la literatura profana tome carta de naturaleza artística y se consagre en los anales de la Historia, apoyada en ocasiones en valores exclusivamente narrativos o anecdóticos: la curiosidad actúa de acicate y termina por ser, lamentablemente, el estratificador que determina éxitos editoriales. Como ilustración de este criterio, baste observar cómo no suelen coincidir auténticos aciertos literarios con la demanda de títulos más generalizada. Sin embargo, son otros los principios por los que se orientan las obras sacras. Para conseguir un puesto digno en la competencia literaria, se exige de ellas autenticidad creadora. Acierto, sentido de la proporción narrativa, inspiración, madurez. Ese *un no sé qué* que ha justificado la labor del lingüista e investigador en el complejo mundo de la Literatura, para su desvelamiento. De esto están dotadas obras como los cantos de emoción contenida que brotan en mística esperanza —San Juan de la Cruz—; pere-

grinos itinerarios de divina picaresca —Libro de las Fundaciones—; sinceros cantos de la Navidad —Juan del Encina—; loas a Nuestra Señora, rezumando provenzales rendimientos —Juan Ruiz—; testimonios de la fe compartida por los pueblos, en los Autos Sacramentales de Calderón; ascéticos arrobos hacia el misterio cósmico —*Oda a Salinas*—; o sensualistas hipóstasis de la materia —*El Cantar de los Cantares*—. Así se podría continuar la enumeración, si no muy abundante sí generosamente jugosa. En la mente de todos están los títulos a los que se acude con la misma periodicidad con que lo permiten los ciclos espirituales en que se serena el conocimiento y se requiere un confrontador de ideales.

Pero era necesario que el Premio Nacional de Investigación Científica, del año 1963, viniera a recordar a quienes lo habíamos perdido en la nebulosa de nuestra erudición, la densidad descriptiva y lírica evocación que un poema medieval de carácter hagiográfico, combinaba con su naturaleza juglaresca: *Vida de Santa María Egipcíaca*.

En una cuidada edición que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas añade a sus *Clásicos Hispánicos*, serie II de Ediciones Críticas, en dos volúmenes, Manuel Alvar incorpora a la Historia de la Literatura Española, en el lugar que le corresponde y desde una edición crítica —única forma de inventariar valores y no sólo títulos—, una obra que prestigia nuestras Letras. Un apéndice de láminas, espléndidamente reproducidas, gratifica la curiosidad del estudioso y lo pasea por abundante iconografía de la Santa y sus interferencias interpretativas con *La Magdalena* a lo largo de la cultura pictórica, del bulto redondo, relieves, tablas, lienzos y capiteles. De los esfuerzos que han supuesto quince años de trabajo en la confección de estos materiales críticos juzgue el lector, a quien remito al prólogo de la obra, donde —entre líneas— se deduce el trabajo que comporta la investigación filológica.

Se abren sus páginas con la reseña del manuscrito que sirvió de base al trabajo, y que, curiosamente, perteneció al Conde Duque de Olivares. Discute más adelante los motivos que justificaron la fecha del texto, y es aquí donde se adelgaza la matización y se puntualizan con sutil argumento las razones que abogan su localización, y de las que toma arranque el título de esta recensión. Consolida el profesor Alvar su postura, en la hipótesis de trabajo que señala un posible copista aragonés, sobre un texto castellano. Las razones de tipo técnico que aduce, manifiestan la necesidad de proceder con método, pero la intuición literaria se adelanta en esta ocasión con argumentos que sitúan a la investigación lingüística al nivel de la creación artística. Se lee en el texto:

“tení en mano una calandria
(en esta tierra l' dizen triguera)
(vv. 322-323)”.

La actividad dialectológica, con que el crítico alterna sus labores de investigación, creación y docencia, le han permitido indagar el alcance dialectal del término “calandria” en diversas regiones. Partía de la inestimable cita personal que el copista deja escapar, localizando los contornos culturales donde el ave era conocida. En el apartado en cuestión se citan lugares exactos, donde preguntando por la *calandria* fue identificada como *triguera* o gorrion campestre: provincias de Huesca, Zaragoza y Teruel. No había duda: un pájaro había remontado su vuelo más allá de los métodos científicos, que en esta ocasión derivaron por vía cetrera. En conclusión: se multiplican las razones en favor de la tesis castellanista del original, frente a invitaciones a considerar catalán al copista, refutadas al final de este primer capítulo.

Desde Sofronio († 638), arzobispo de Jerusalén y autor probablemente de la primera *Vida* dedicada a la Santa, se hace un largo recorrido de la difusión de la obra: en ella se nos documenta sobre la gestación de esta leyenda, de remoto origen cristiano-oriental; se aducen sugestivos motivos para su desarrollo; se ofrecen posibles vías de transmisión escrita y oral; se consideran interferencias hagiográficas que enriquecen la leyenda y van acumulando un limo de sedimentos culturales capaces por sí solos de constelar un mundo minucioso, anecdótico, evocador, alrededor de la figura central de la Santa como un fondo de tabla flamenca, denso de inesperada vitalidad. El contenido de la Leyenda —de acuerdo con la versión ofrecida—, se sintetiza a lo largo de diez apartados. De ellos merece resaltarse la reseña de los versos 1-16, por ser de base que postula toda una teoría sobre la naturaleza juglaresca del poema, ofrecido a la absorta devoción popular de plazas y atrios, junto a poemas bélicos, romances de ciego o hazañosos cronicones de cordel.

El otro punto a destacar es el V (vv. 646-653), donde se citan los panes con que alimentó su cuerpo la arrepentida, pues son versos que justificarán la iconografía abundante, y que en nota a pie de página se precisan. Apreciaciones sobre elementos constantes en la difusión de la Leyenda, correspondencias o variantes, corren a cargo de la documentación del estudio que avanza en un inquietante deseo de satisfacer la necesidad científica del erudito y la gratificación literaria del curioso lector. No quiero dejar sin anotar la vital amenidad que fluye de las notas a pie de página: allí se encuentra el lector con datos acerca de anticuarios, calles, fundaciones, pinturas, personas, todo ello relacionado de mil variadas formas con el tema central de la Santa, y fruto de un acopio de experiencias que hablan del hombre que va dentro de todo investigador.

A lo largo de la lectura van apareciendo, con humildad franciscana, hallazgos definitorios: las razones que justifican el nacimiento de la Leyenda; el prestigio de vida eremítica frente a la conventual, operando en la difusión de la del poema; la supervivencia increíble del tema hasta nuestros días en obra de entrañable contextura poética. En la familia de manuscritos y en sus entronques, perdidos en el tiempo, se hace una investigación metodológica a partir del análisis opositivo de fragmentos señaladamente influidos entre los textos pertinentes y el español. El apartado 821, capítulo III, recoge las conclusiones al respecto.

Se avanza en su lectura con morosidad científica. Y es en los apartados que atienden las características de la versión española donde el análisis de interpolaciones, supresiones, interpretaciones y rimas, en relación con la versión francesa, adquiere una meticulosidad filológica que lleva a consideraciones de conocimientos empíricos. Los capítulos dedicados a la métrica y versificación se justificarían por sí solos, fuera del contexto general de la obra, como un modelo de metodología en la investigación literaria de poemas de este género: partiendo de la hipótesis de trabajo de una fidelidad del texto español con relación al francés, se estudian las dificultades métricas de nuestro juglar, su problemática con el octosílabo, en razón a un desajuste acental entre la intensidad francesa (oxítónica) y la española (grave); proceso de adaptación; inventario de irregularidades que son excepción al esquema general; tratamiento de la cesura influido por modelos de clerecía. En síntesis, constituye esta parte una defensa del juglar español, cuyas diferencias técnicas no le son imputables a causa de las determinantes francesas que condicionan su versión. Por el contrario, estos pretendidos defectos testimonian el esfuerzo que supuso para su elaboración, la constante presencia de una

fuente francesa a la que respetar, ubicándose el juglar en el justo desfase de dos sistemas distintos. Es de señalar cómo muchos de los casos que a primera vista parece pudieran ilustrar un presunto anasosilabismo, no exigen más que un detenido estudio bien de la sinalefa, bien de las formas arcaicas de acento en los imperfectos, para comprobar su acabada perfección simétrica. A estos aspectos gramaticales se remite al lector de este estudio, todos los cuales apuntan a la misma conclusión antes expuesta. Estudio de la apócope, como afán modernizador del copista. Restitución de las mismas en beneficio de una correcta regularidad del metro. Conclusiones, producto de este paseo por la técnica del poema, que sitúan la *Vida* a caballo entre el carácter juglaresco y la clerecía, "a sílabas cunctadas".

Llama la atención, en la lectura del capítulo VII, la paciente y minuciosa labor, propia de monje artesano, con que se ha analizado el manuscrito, restaurándolo hasta devolverle su forma ideal, en un esfuerzo de reconstrucción de lo que pudo ser el texto primitivo. De forma sumisa, la métrica ayuda al filólogo en la coordinada espacial: lagunas para cubrir, quedan manifiestas en las necesidades del hemistiquio; sílabas redundantes delatan presencias leoninas de conjunciones, cópulas, formas verbales, tratamientos. El lector va descubriendo vacíos y comprobando elementos redundantes con la misma facilidad que si se los ofreciera el hueco o la letra cursiva, respectivamente.

Pronto la labor —ahora arriesgada— de interpretar se presenta al restaurador con ese aliado en contra que representa la riqueza de posibilidades de una lengua, en un corte sincrónico tan lejos de nuestro presente. Una a una, argumentadas, motivadas, como un don de la filología, van apareciendo las formas probablemente propias del perdido manuscrito.

Pero es aquí donde la interpretación del carácter de la *Vida* se manifiesta en inquietante dialéctica histórica: ¿pertenece al mester de juglaría o al de clerecía? Ya, antes que al autor de este estudio, preocupó esta cuestión a otros eruditos, cuya postura al respecto fluctuaba al amparo, documentado, de ambas posibilidades, de acuerdo con el texto. Se aborda ahora, nuevamente, esta cuestión, de la que depende el preciso acotamiento de una parcela más de nuestra literatura, con imparcialidad: argumentos como la utilización de términos cultos por parte del autor de la versión española; alusión respectiva a las *fablas* juglarescas; signos de prestigio culto, como el ampararse en el testimonio escrito; aprovechar la exposición para sacar alguna consecuencia moral, apoyarían la atribución al mester de clerecía. Por el contrario, testimonian su pertenencia al género de juglaría manifestaciones del poeta dirigiéndose al público; llamadas de atención a su curiosidad, comparaciones de absoluta impronta popular, acreditadas entre el público de atrios y plazas públicas; alusiones a cotizados atributos castrenses de prestigio juglaresco, como el caballo. Esta bipolaridad podría desorientar, a primera vista, y aun conducir al error, si se desmembraran estos diferentes inventarios. La solución no es tanto fruto de una mente analítica como acierto de una síntesis de heterogeneidades, cristalizada en la personalidad del copista y autor de la versión española: un hombre culto del mester de clerecía adapta su idiosincrasia a unas motivaciones de crédito popular, conduciéndole a posibles concesiones de juglaría. La lectura de este apartado invita a preguntarse si no estaremos ante unos hechos de carácter social, determinados por el Camino de Santiago, por cuyo conducto hubiera llegado la versión francesa a conocimiento del clérigo aragonés (de acuerdo con su lengua), habiéndose visto precisado a adoptar un poema hagiográfico —idóneo a la devoción del Camino francés— a los gustos juglarescos de tan polifacética andadura. Quede la

hipótesis como simple testimonio del interés que ha despertado en mí su lectura, induciéndome a participar en esta cuestión problematizada.

Pienso que la *Vida* hubo de ser un poema de arquetípicos esquemas peregrinacionales: la tierra santa en que se desarrolla la vida penitencial de La Egipciaca, se correspondería con el otro lugar común de peregrinaciones que es Santiago; el viaje —por barco— de Santa María equivaldría a la ruta —por tierra— hacia el Apóstol; la existencia de un convento de monjes en medio de la peripecia, sería equiparable a la tradición cenobita en nuestro célebre Camino. ¿Podrían ser estos y otros factores a analizar, elementos utilizados *a posteriori*, y que la casualidad habría brindado al clérigo aragonés, óptimamente idóneos para su aprovechamiento y reelaboración a lo juglaresco propio del Camino de Santiago? De lo que sí se puede estar seguro, siguiendo este estudio, es del valor creativo del versificador español, gracias a un análisis comparativo de esta versión con la francesa: es un léxico rico en expresividad, a la hora de sustituir voces extrañas. En el estudio quedan comprobadas y comentadas, seguidas de una localización temporal del texto francés, la versión del poema español y una segunda versión española, ahora en prosa, que es el fruto de la influencia versificada.

Un atractivo capítulo cierra esta primera parte: la iconografía de la Santa. Se apresura su autor a señalar estas páginas finales como un apéndice al que su competencia —dice— no cubre con las exigencias científicas que él mismo se impone. No voy a juzgar aquí su capacidad estético-crítica, pero sí a justificar su apropiamiento de este coto que tanto ilustra y completa la totalidad del cuadro cultural en que se sitúa la *Vida* de la Santa. Los documentos gráficos que aporta (XXXV láminas) junto con el comentario que de ellas hace en este apartado, son el sedimento de observaciones que preocuparon a su autor, y que recorren la más variada geografía por la que el investigador paseó su interés hacia este tema. Fotografías del propio autor se distancian desde Oaxaca (Méjico) a Venecia, Pisa o Hamburgo. Atributos como los tres panes (número de mítico aristotelismo con que se sustituyen los dos del poema); definidores de su identidad, como los largos cabellos ocultando desnudeces castas; hermosas formas femeninas, en que se descubren ya los estragos de la penitencia y el desierto: todo ha sido tenido en cuenta por la pintura y la imaginería de diversas culturas, que quizá pretendieran ofrecer a la devoción popular un material catequizador que supliera la falta de difusión de una leyenda escrita, a quienes no sabían leer. Este elemento funcional, que estudia aquí el profesor Alvar, hoy se ha sublimado a niveles estéticos, y a fuer de cultura, interés por descubrir obras con este sabor prístino medievalizante, y estudios minuciosos como el que reseño, pasa la iconografía a ocupar un lugar complementador junto al poema, hoy ya tan difundido en los medios literarios.

Constituye la segunda parte de este estudio, un exhaustivo análisis, de perfilado cuño lingüístico, sobre la Lengua del poema. Capítulos como el dedicado a las fotografías rebasan lo expositivo y documental, en busca de unas conclusiones que conducen a precisar la fecha de la versión española —finales del siglo XIII— e invitan al lector a considerar aceptable la tesis acerca de la procedencia aragonesa del escriba que recreó la versión francesa.

Los apartados sobre el vocalismo y consonantismo, suponen un corte sincrónico en la evolución histórica de nuestra lengua, a la altura del siglo XIII: una marcha atrás en el tiempo, cuyo planteamiento testimoniaría (apartado 219) la necesidad de aceptar la existencia de un copista aragonés, frente a la hipótesis que se venía sugiriendo, hasta este estudio, de atribuir la versión a mano catalana. Todas las partes de la oración encuentran aquí una palestra

donde desarrollar sus esquemas teóricos, en una praxis sugestiva como es el libro de la *Vida*. Es el verbo el que, quizá, ocupa una mayor extensión en este trabajo, por la variedad de enfoque que recibe dialectalmente: el modo, las voces, las formas arcaicas de *ser* y *haber*, los tiempos. Por último, el orden de las palabras lleva al lector a una meditación sobre la normatividad. Con las oportunas conclusiones finaliza el primer volumen de este estudio sobre la *Vida*.

Cerramos sus páginas y —aparte de toda documentación que aporta, análisis e investigación— percibimos la sensación de abandonarlas con una idea clara: la versión española se gestó en tierras aragonesas, y para estas orillas del Ebro, creemos que el profesor Alvar ha ganado la paternidad y consagración de este poema, lleno de vivencias medievales. Algo más aún aporta este estudio: el vivo deseo de una relectura del poema hagiográfico de carácter juglaresco *Santa María Egipciaca*. Poema juglaresco, poema de periplos medievales, poema de devociones populares —como un capitel románico: evocador y añorante—. Poema perdido en el polvo de las letrillas agosteras o en la absorta curiosidad del dorado septiembre —promesa del buen vino—. Poema tan lejano ya, tan Historia hoy, que su resurrección filológica es regalo fresco y lozano que agradecemos.

Comienza el volumen II con la edición paleográfica del texto original, según el manuscrito escurialense: se tienen en cuenta las ediciones que anteriormente se publicaron, si bien con la misma voluntad paleográfica y crítica que la actual, no menos con criterios quizá más restauradores que de fidelidad al pasado. Así se hace constar en la introducción que precede a la presentación respetuosa de la transcripción paleográfica de la *Vida*. Rigurosa labor de disciplina científica que nos brinda la ocasión de poseer una edición actual, fiel al texto original. Sigue a la edición paleográfica una edición crítica: en ella no se prescinde de los aportes sedimentados anteriormente en los estudios de esta obra. Son tenidos en cuenta desde una incorporación crítica con el fin de desvelar las dificultades de transmisión, que el tiempo ha ido acumulando. No falta la edición del original francés que sirvió de modelo para la recreación del texto castellano-aragonés, objeto de análisis.

Finaliza esta presentación de textos acerca de la *Vida de Santa María Egipciaca*, la versión española en prosa, y un vocabulario —cuya utilidad no se ciñe exclusivamente a la obra en cuestión, sino que alcanza al léxico de otras creaciones coetáneas a ella— nos acerca a las páginas que reproducen la edición facsímil del texto en prosa (Manuscrito escurialense h-1-13).

Mariano de Andrés Gutiérrez

ALVAR, Manuel, *Estudios sobre el dialecto aragonés*, I. Institución "Fernando el Católico", Excma. Diputación Provincial. Zaragoza, 1973. 364 páginas.

Tratándose de un estudioso tan conocido como Manuel Alvar, sobra cualquier tipo de presentación general al presente trabajo. Con todo, no dejaremos de mencionar tres obras que bien pudieran considerarse como el marco amplio más en relación con el libro de ahora; a saber: *Dialectología española* ("Cuadernos Bibliográficos"; CSIC, Madrid, 1962; próximamente, nueva edición), *Textos hispánicos dialectales* (I-II, CSIC, Madrid, 1960) y *Poesía española dialectal* (Alcalá, Madrid, 1969). En los tres hay apartado para el aragonés; esto es, tal "dialecto" dentro del contexto de una "dialectología española". Cifándonos a continuación al terreno de esa lengua-dialecto, cabe mencionar como marco, también amplio, de la obra que estamos reseñando, libros como *El habla del campo de Jaca* (Universidad de Salamanca, 1948); *Documentos de Jaca* (1362-1502); *Edición y Estudios lingüísticos* (Institución "Fernando el Católico", Zaragoza, 1960), y finalmente, *Proyecto de un Atlas Lingüístico-Etnográfico de Aragón* (Institución "Fernando el Católico", Zaragoza, 1963), al igual que *Cuestionario del Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón* (C. S. I. C., Sevilla, 1962). No se nos escapa que en las últimas cuatro obras se trata de metodologías distintas; pero, aun así, nos interesa señalarlas como contexto —no tan lato— del libro que nos ocupa, por lo que más tarde se dirá.

Un paso más en la "genealogía" de la presente obra —y pudiéramos notar que su génesis inmediata, aunque cronológicamente ya distante, sobre todo por lo que el autor ha trabajado entremedias—, un paso más, decimos, es su libro *El dialecto aragonés* (Gredos, Madrid, 1953), obra que "hizo historia", que marcó un hito dentro de la dialectología española y monográficamente. Pues bien: agotado hace mucho tiempo dicho trabajo, el autor se ha propuesto acometer en forma definitiva —al menos para los materiales de que dispone— el estudio del aragonés. Por una parte, queda lo relativo al atlas lingüístico-etnográfico, proyectado y ya en marcha (línea de trabajo de la que, naturalmente, no nos ocuparemos en esta reseña); por otra, tenemos la línea "filológica", de la que sí nos estamos ocupando indirectamente. Porque, en efecto, es en este segundo frente donde hay que situar la presente obra como el primer fruto de la necesaria recopilación de todos sus estudios sobre el aragonés, además del aporte de nuevos trabajos o de la ampliación o "reestructuración" de algunos de los viejos. En esta dirección aragonesa "integral" queremos mencionar, casi como hermano gemelo cronológicamente y en la intención "aragonesa", su obra (en prensa) *Caracteres de la literatura aragonesa*. Así que, presentado el contexto amplio y estrecho de la obra fichada al comienzo, nos disponemos a dar breve noticia de la misma.

"Los trabajos que aparecen aquí agrupados —señala el autor— abarcan un largo periodo de tiempo. Por eso, también, su diversidad temática y método de conocimiento. Conste, desde ahora, su pluralidad y su coherencia. Unos dológica. Están unidos, sin embargo, por una misma y sostenida voluntad vieron la luz fragmentados por necesidades de impresión; otros, reducidos a lo que podría decirse en una obra de carácter sintético; algunos, limitados a problemas muy concretos, sólo más tarde tuvieron cabal desarrollo. Su reunión en este volumen les devuelve uniformidad, los reduce o los amplía. Vistas así las cosas, pienso que pueden ser útiles los muchos materiales que he recogido, y elaborado con mayor o menor extensión, y que de otro modo quedarían dispersos en publicaciones no siempre de fácil acceso, o cuya consulta —entre otros temas misceláneos— dista de ser cómoda" (pág. 9).

El libro está dividido en cuatro partes: 1. EL LATIN NOTARIAL [contiene los siguientes trabajos: *Grafías navarro-aragonesas; Elementos romances en el latín notarial aragonés (1035-1134); La formación del apellido en los antiguos documentos aragoneses*]. — II. HISTORIA Y LINGÜÍSTICA [*“Colonización” franca en Aragón: Onomástica, repoblación, historia (Los “Establimentz” de Jaca del siglo XIII)*]. — III. TEXTOS ALJAMIADOS [*Interpretación de un texto oscense en aljamía hebrea; Apostillas lingüísticas al “Fecho de Buluquía”*]. — IV. LITERATURA Y DIALECTOLOGÍA [*Rasgos dialectales en la “Disputa del alma y del cuerpo” (siglo XIV); Un zéjel aragonés del siglo XV*]. La obra acaba con las *Abreviaturas bibliográficas* y los *Indices* (de palabras y general). Tratándose de trabajos conocidos por los especialistas y dada la solvencia científica del autor, nos abstenemos de presentar una información más detallada del contenido del libro. Tampoco osamos adoptar actitud crítica alguna (o meramente descriptiva en el contexto más amplio del aragonés en conjunto). Nos limitaremos, pues, para acabar, a citar las palabras con las que Alvar inicia la presentación del libro:

“Durante mucho tiempo dediqué mis trabajos al estudio de la dialectología aragonesa. La inevitable inquietud por investigar otros campos y el desarraigo de la región desde 1943 me llevaron cada vez más lejos de mis presupuestos iniciales. Sin embargo, cuanto he publicado no ha sido otra cosa que bosquejos de proyectos más ambiciosos. Hoy, cuando mi posición científica —y personal— ha cambiado mucho con respecto a lo que quise hacer, e incluso hice, y no veo fácil llevar a cabo muchas tareas comenzadas, pienso que puede ser útil una compilación como la que ahora presento” (pág. 9).

Muy útil, sin duda: por el valor intrínseco de los trabajos agrupados y por la enorme ventaja de poder consultarlos fácilmente, “terapia” indispensable dentro de la grave incomunicación profesional que nos aqueja “por mor de las circunstancias”. Esperemos que próximamente vean la luz otros volúmenes sobre el aragonés proyectados por el autor y vaya quedando asediado —relativamente, claro está— este campo de estudio.

José Polo

MIRAL, Domingo, *Qui bien ja nunca lo pierde. Tomando la fresca en la cruz de cristiano, o a casarse tocan*. Imprenta Raro, Jaca, 1972. 80 páginas.

No sería justo referir objetivamente el contenido y significación de estas dos piecitas teatrales sin hacer, antes, referencia a los personalísimos motivos que llevaron a su autor, Domingo Miral, a realizarlas. Breves, sencillas, sin demasiadas pretensiones literarias, pero dotadas de fluidez estilística, fueron fruto de la tenaz admiración y noble afecto que el autor sentía hacia su valle natal: Hecho. Bello paraje en el noroeste de la provincia de Huesca, Hecho se convierte, mediante la pluma de Domingo Miral, en escenario idóneo para abrigar las vicisitudes de un enredo amoroso que culmina, al cabo, en un final feliz y aleccionador.

El amor entre dos jóvenes chesos, Emilia y Pedrángel, en principio malogrado por una promesa de la muchacha ante la Virgen de Escagüés, constituye el contenido fundamental de la comedia *Qui bien ja nunca lo pierde*; argumento que, en definitiva, no es más que un pretexto para exaltar el valor, la nobleza de espíritu y la honradez de los hombres de Hecho. En un lenguaje vivo y ágil, Domingo Miral hace alusión a las costumbres, a la peculiar indumentaria y a la personalidad moral de los chesos, modestos labradores cuya ignorancia y parca cultura no es óbice para una rectitud de pensamiento frente al seudointelectualismo de algunos hombres que adolecen de claras y abiertas intenciones, haciendo alarde, sin el menor escrúpulo, de vacuos conocimientos. Los diálogos, sin sustraerse a la simplicidad y realismo adecuados al medio social cheso, se suceden ininterrumpidamente con una presteza y dinamismo sorprendentes.

El sainete, de tono fundamentalmente humorístico, muy bien construido, de amena y sutil trascendencia, refleja la peculiar astucia y perspicacia femeninas cuando se trata de contraer matrimonio.

Al margen del contenido humano y de las notas costumbristas, el interés de estas dos breves piezas teatrales es esencialmente filológico. El lenguaje empleado en ellas constituye, en términos del propio autor, "una reproducción exacta y fidelísima" de los dialectos de Hecho y Ansó, "resultado de la influencia castellana, catalana, francesa y vascongada". El dialecto "cheso", como así es denominado por los naturales del valle de Hecho, grave, incisivo, dotado de extraordinaria fuerza y sonoridad, de notables contrastes fónicos, y enriquecido con tan diversas influencias lingüísticas, ofrece, sin duda alguna, un gran interés para el filólogo o para el dialectólogo, aunque hoy no podamos suscribir los planteamientos científicos del viejo profesor (la primera edición de las obras es de 1903). Las dos piezas de Domingo Miral, todavía vigentes tras setenta años de historia, son, con todo, testimonio fehaciente de la realidad de un enérgico y hermoso dialecto.

María Jesús Fernández Leborans

Amás líric de'ra Val d'Arán. Editado por la Parroquia de Viella. Barcelona, 1972. 160 páginas.

La obra constituye un conjunto armónico, en el que poesía, dibujo y música se entrelazan, formando un todo del mayor interés. Los veintiocho poemas que forman el libro están distribuidos en dos partes. La primera es un conjunto de dieciséis “cancús”, en el que se aúnan canciones populares, anónimas tanto en el aspecto poético como en el musical, con composiciones —poesía y música— de varios autores araneses. En unas como en otras late un profundo apego a la tradición local. Los títulos son bien significativos por sí mismos: *Aubada* ('Albada'), *Es esclops* ('Los zuecos'), *Flurinada* ('Floración'), *Es tres púnets* ('Los tres besos'), *Dame un púnet* ('Dame un beso'), *Et pastú* ('El pastor'), *Praubet de mi* ('Pobre de mí'), *Et praubet mau maridat* ('El pobre mal maridado'), entre las composiciones anónimas. Otro tanto podemos decir de las composiciones de autores araneses: *A's nostes muntaynes* ('A nuestras montañas'), *Er amuinaire* ('El limosnero'), *Era caritat* ('La caridad'), *Era cançún de'ra güellèra* ('La canción de la pastora'), *Nu plures*, *Tunet* ('No llores, Antoñito'), *Püresa* ('Pureza'). Esta primera parte se cierra con dos himnos no menos significativos: *Himne de's pumpiès* ('Himno de los bomberos') e *Himne de'ra Val d'Arán* ('Himno del Valle de Arán').

La segunda parte recoge un conjunto de doce “puesies”, todas de autores araneses. Los temas de estas poesías también se mantienen en la línea de lo tradicional. Sirvan como ejemplo los siguientes títulos: *Era net de Sant Juan* ('La noche de San Juan'), *Pasturada* ('Pastorela'), *Et pastú a's estrelles* ('El pastor con las estrellas'), *Et sulei jes per Arrés* ('El sol nace por Arrés').

Hay que destacar dos rasgos bien definidos —y definidores— que dan a la obra esa especial configuración de conjunto armonioso a que aludía en un principio. En primer lugar, la constante de un amor al terruño, consustancial a la vida misma, que impulsa a velar y recoger la herencia recibida de un pasado.

Poesía tradicional, de acento entrañablemente popular, en lengua aranesa, “ún lenguatge duc è armuniús, estimat è parlat per tuti es aranesi, è estimat, admirat è multi cops tabè parlat per d'auti que nu'n sun”, como bien dice Cassimiru Ademá en el *Prólec* de la obra. Un “lenguatge” cuya misión noble es ser la expresión de las más sencillas —y no por ello menos hermosas— aspiraciones y emociones de una alma también sencilla, vinculada estrechamente a la tierra que la vio nacer (“A nuestras montañas”; “Valle de Arán, tierra amada”, “El Valle de Arán...”), a sus más ancestrales tradiciones (“Albada”, “Pastorela”, “La noche de San Juan”, “La voz del campanario...”), a sus fatigas, desvelos, quehaceres (“La canción de la pastora”, “El pastor con las estrellas...”). Bien podemos decir que cada uno de los poemas —tanto los anónimos como los de autores de la tierra aranesa— es expresión de un “trozo de vida”.

En una misma línea, en íntima fusión con esta poesía, están esas tonadas simples, monocordes. Música y poesía hermanadas en un mismo destino, cual es la expresión de algo que se lleva muy dentro del alma.

Las ilustraciones de Julio Alvar —trazos sencillos y “monolíneos”, no menos “plis d'amur”, como marco esencial de sus dos compañeras— constituyen el más acorde complemento al todo armónico que es la obra. Y he aquí la segunda constante que quería señalar: el candor, la sencillez expresiva

—poética, musical, pictórica—, única forma idónea en la manifestación del sentir popular.

Por ello, necesario es destacar y encomiar la labor paciente y esmerada de quienes han recogido y cuidado tan hermoso tesoro: Mussén Jaime Armengol e Isabel María Pena Deó.

Amás líric 'conjunto lírico' —poesía, pintura, música— constituye la mejor "ofrenda lírica" que el Valle de Arán, con su lengua, su sentir y su vivir, nos da en esta obra.

Un deseo me atrevería a formular antes de acabar estas líneas. El aranés es una modalidad lingüística limitada a una reducida comunidad de hablantes de un rincón del Pirineo. El encuadramiento mismo del Valle hace que el aranés sea un auténtico "enclave" lingüístico entre otras lenguas de cultura: gascón, catalán, en relación con otras dos lenguas nacionales. De todas ellas se aprecian influencias notables en aranés, circunstancia que hace realmente difícil el acceso a esta lengua para quienes no sean especialistas. Teniendo esto en cuenta, nuestro deseo es que cada poema se tradujera al castellano, lo cual aseguraría un mayor acercamiento a los textos y, por tanto, una más amplia difusión a la obra. Creemos que bien lo merece.

José Antonio Mayoral

ECHAIDE, Ana María, y SARALEGUI, Carmen, *El habla de Anguiano*. Instituto de Estudios Riojanos. Logroño, 1972. 67 páginas, más 8 de láminas.

El presente estudio de Anguiano forma parte, según palabras de las autoras (p. 13), de un plan de investigación pluridisciplinar llevado a cabo por un grupo de investigadores de la Universidad de Pamplona en la cuenca del río Najerilla. Por esta razón creemos interpretar correctamente su trabajo si decimos que pretende ser una primera aproximación a una obra de mayor envergadura, una vez reunidos todos los materiales lingüísticos, etnográficos, geográficos, etc., comunes a la zona situada al oeste de la provincia de Logroño.

Los materiales, grabados en cinta magnetofónica y recogidos de seis informadores de la localidad, cuatro hombres y dos mujeres, de edades superiores a los cincuenta años, han sido distribuidos en cuatro apartados: fonética, morfosintaxis, lexicología y vocabulario, según es ya tradicional en las tareas dialectológicas.

Desde el punto de vista fonético las autoras hacen una ordenación de su material teniendo en cuenta el *vocalismo*, *consonantismo*, *acentuación* y *cam-*

bios fonéticos esporádicos. La mayoría de los fenómenos descritos son comunes a amplias zonas peninsulares e hispanoamericanas, por lo que aportan una información que pudiéramos denominar subsidiaria sobre los hechos lingüísticos de la zona estudiada. Merecen, a nuestro juicio, resaltarse como hechos con cierta personalidad dialectal, aunque no siempre autóctonos, los siguientes: a) mantenimiento de la -e final en la segunda persona del plural de los imperativos: *andaide, callaide, venide, vide* (p. 19), hecho documentado también morfológicamente por A. Zamora Vicente en su *Dialectología Española* (2.^a ed., p. 338); b) la repetida pronunciación bilabial en "Flex" (pp. 20-21), aunque al tratarse de un caso aislado adquiriera un relieve más bien anecdótico que de posible influencia vasca; c) algunos casos de aspiración de s final del artículo seguido de palabras que comienzan por vocal (p. 21). Aunque reconocen que esta aspiración no se da de un modo constante, conviene destacarlo, pues un hecho semejante, aunque más generalizado, ha sido observado por A. Llorente Maldonado en cuatro de los pueblos visitados por él en la Rioja Baja (véase *Algunas características lingüísticas de la Rioja en el marco de las hablas del valle del Ebro y de las comarcas vecinas de Castilla y Vasconia*. RFE, XLVIII, 1967, p. 330); d) ensordecimiento de r en el grupo *tr* (p. 21). Pese a tratarse de un fenómeno general, como señalan las autoras, ha sido también documentado con otras posibilidades de variación por A. Llorente Maldonado en toda la Rioja Baja y en el pueblo de Albelda en la Rioja Alta (art. cit., pp. 331-2); e) mantenimiento del grupo -mb- en *lombillo* y *támbara*. Este es quizá uno de los hechos más peculiares del llamado dialecto riojano, junto con el aragonés, y que ha sido puesto de relieve por los diferentes autores que se han preocupado de manera general o específica sobre las modalidades riojanas: R. Menéndez Pidal, R. Lanchetas, M. Alvar, A. Zamora Vicente, V. García de Diego entre otros; f) la conservación de los grupos iniciales *pl-*, *fl-* *cl-*, típicos del navarro-aragonés antiguo y del riojano histórico —si bien M. Alvar para este último da algún caso de una nueva pronunciación (véase *El dialecto riojano*, Universidad Autónoma de Méjico; Méjico, 1969, pp. 41-42)— sólo muestra un caso del primer grupo en el vocablo *placho* 'llano' (p. 22) y en cambio documentan una sola palabra donde se palataliza el grupo *cl*: *lleca* 'clueca' (p. 22). A este respecto A. Llorente Maldonado denuncia como habituales en toda la Rioja y Aragón las formas arcaizantes y petrificadas *plegar*, *replegar* y *aplicar* (art. cit., p. 331); g) finalmente, es también digna de destacar la palatalización de l inicial en la forma *llar* 'lar' (p. 22).

En cuanto a la *morfosintaxis*, son destacables los siguientes hechos lingüísticos: a) la feminización, frente al castellano culto, de los sustantivos *escabeche*, *jambre* o *ajambre*, *mimbre*, *llar* y *mediodía* (p. 25); b) la alternancia de los sufijos -*dor*, -*dera*: *agramador* 'agramadera', *tronzadera* 'tronzador' (p. 25); c) los dobles genéricos; *cacharro/a*, *pincho/a*, *grano/a*, *risco/a*, *sereno/a*, muy poco frecuentes, si no insólitos, en gran parte del dominio peninsular (p. 25); d) la formación del superlativo absoluto analítico con el concurso de la forma plena del adverbio *mucho*, hecho también documentado por A. Llorente Maldonado en toda la Rioja, Navarra, nordeste de Andalucía oriental y otros lugares (art. cit., p. 333). Sin embargo las autoras señalan la frecuencia que entre los jóvenes tiene la forma *muy* + adjetivo (p. 26); e) la presencia de una -*n* paragógica en el *se* enclítico con infinitivos y gerundios de sujeto plural (p. 26). Este fenómeno es señalado también por A. Llorente Maldonado, pero sólo con el infinitivo (art. cit., p. 334), y es propio del aragonés coloquial; f) frente a la opinión del autor citado anteriormente sobre la generalización del leísmo en los pueblos de la Rioja Alta visitados, aunque no Anguiano (art. cit., p. 339), las autoras apenas si

encuentran casos de este fenómeno lingüístico, como también son casi insólitos el laísmo y el loísmo (p. 26); *g*) la inacentuación ocasional de los pronombres demostrativos en función adjetiva (p. 27); *h*) desplazamiento de acento a la sílaba siguiente en la primera persona del plural del imperfecto de indicativo y condicional simple, conservando así la acentuación originaria latina (p. 29). El autor citado en anteriores ocasiones señala también este fenómeno para la segunda persona del plural (art. cit., p. 336). Aunque este hecho morfológico tiene cierta extensión lo destacamos por no ofrecer la amplitud de otros; *i*) conservación del arcaísmo *hi*, *hay* en la primera persona del singular del presente de indicativo del verbo *haber* y con menos vitalidad *hey* (véase para este fenómeno, A. Llorente Maldonado, art. cit., pp. 334-5); *j*) sustitución del imperfecto de subjuntivo por el condicional, tanto en la prótasis de las oraciones condicionales, como en las completivas dependientes de un verbo de voluntad, como en las prótasis de las concesivas y en las finales cuyo verbo principal está en pasado. En todos estos casos coincide también la opinión de A. Llorente Maldonado (art. cit., p. 341). Aunque es un fenómeno bastante generalizado como lo indican las propias autoras y ha sido puesto de manifiesto asimismo por R. Lapesa, S. Gili Gaya, V. García de Diego, etc., A. Llorente Maldonado amplía aún más las referencias geográficas incluyendo Soria, Valladolid y la franja occidental de Aragón; *k*) las autoras no señalan para nada un hecho curioso que el autor últimamente nombrado documenta en casi todos los pueblos de la Rioja Alta visitados. Se trata del uso de un futuro perifrástico, unas veces con sentido problemático o hipotético, y otras con significación obligativa: *hey venir*, *hay venir* "quizá venga yo", "quizá venga él" (art. cit., 6, 338).

Por lo que respecta a la *Lexicología*, las autoras señalan algunas particularidades de la prefijación, sufijación, composición y vasquismos. Sólo haremos una breve observación. Se trata del prefijo *es-*, que aparece en algunos casos frente a *des-* (p. 37). Aunque puntualizan que no se trata de diversidad de prefijo sino de aféresis, Jesús Neira observa que en las hablas leonesas y aragonesas estos dos prefijos no se confunden entre sí sino que se han especializado cada uno en una función y con una estructuración peculiar (véase "Los prefijos *es-*, *des-* en aragonés", *Archivum*, XIX, 1969, pp. 331-341). Y pensamos que esta apreciación (las autoras no pudieron tenerla en cuenta por haberse publicado con posterioridad al libro que reseñamos) pueda ser muy útil para una reconsideración sobre dicho fenómeno en la Rioja, y concretamente en la zona elegida, para la investigación pluridisciplinar que se está llevando a cabo.

Por último nos queda por considerar el léxico. Pese a que las autoras tienen en cuenta informaciones sacadas de autores como J. M. Iribarren, M. de Echevarría, J. Magaña, F. Fernández de Bobadilla, C. Goicochea, A. Llorente Maldonado, DRAE, etc., a veces dejan pasar por alto algunas de estas referencias. Por ejemplo: *ablentar* (Goicochea, p. 17); *agramador* (Goicochea, p. 42); *andosco* (Goicochea, p. 27); *barriguera* (Goicochea da la acepción, en Arnedo, de 'raicilla delgada y superficial de los árboles', p. 35); *bizcobeño* (en Goicochea, *bizcobeña*, p. 37); *bujal* (Iribarren recoge en Petilla de Aragón *bujo*, p. 40); *cachiberrío* (Goicochea, *cachibirrio* y *cachiburrio* lo documenta en Ojacastró, p. 46; y J. B. Merino también *cachiburrio*, p. 327); *calzorras* (Goicochea, en Nájera, p. 46; Iribarren recoge en Navarra la acepción de "apelativo para designar al descuidado y cobarde", p. 46); *canso* (Iribarren en Ribera documenta, aplicado a *tierras*, la acepción de "tierras pobres y esquilgadas", p. 47); *caparrón* (Llorente, p. 343; e Iribarren lo documenta en la zona de Sangüesa con la acepción de 'alubias rojas', p. 49); *carretón* (Goicochea, en Arnedo, 'instrumento a modo de carrete usado por los sogue-

ros para tensar la soga que están torciendo', p. 52); *cascarullo* (Goicochea, en Carnago, 'cáscara de las alubias', p. 52); *céspede* (Goicochea da una acepción más en Cervera, 'desaliñado', 'descuidado', p. 54); *cuarterón* (Goicochea, en Carnago, 'medida de un cuarto de libra', p. 63); *cunacho* (Merino, p. 328; Llorente, p. 343; Magaña, p. 280; y por nuestra parte podemos señalar que es una voz común en todo el valle de Cerrato, de la provincia de Palencia); *chofle* (Goicochea, p. 70); *esparrón* (Goicochea, p. 86); *fato* (Goicochea, p. 90, podemos señalar que es una voz bastante frecuente en las provincias de Valladolid y Palencia, y designación de los habitantes de Huesca); *golorito* (Llorente, p. 343; en Goicochea aparece bajo el lema de *glorito* y no *golorito*, p. 96); *hirmar* (Goicochea, p. 99); *lata* (Goicochea, en Logroño, p. 105); *llar* (Goicochea, p. 108); *lleco* (Goicochea, p. 108); *maguilla* (Goicochea, en San Andrés de Cameras, 'fruto del manzano silvestre', p. 108); *olaga* (Llorente, p. 342); *panto* (Goicochea, 'distráido', 'ensimismado', p. 126); *patera* (Goicochea, en Carnago, p. 127); *payo* (Goicochea, en Laguna de Cameras, p. 127); *pintar* (Goicochea, en Ribafrecha, 'resultar', p. 134); *primal* (en Goicochea *primala*, p. 138; Iribarren, en el Valle del Roncal, p. 145); *puga* (Goicochea, da la acepción, en Arnedo, 'vástago del clavel', p. 138); *redoncho* (Goicochea, en Carnago, p. 144); *remostar* (Goicochea, "aplantar los frutos", p. 145); *ricial* (Goicochea documenta *recial* 'acequia de desagüe en los molinos', p. 149); *roña* (Goicochea, en Carnago, 'trampa en el juego', p. 151); *rastrizo* (Llorente, p. 343); *soriano* (Goicochea, p. 157); *taborma* (Goicochea recoge en Ojacastró *tahorma*, p. 159); *támbara* (A. Zamora la da también como voz leonesa y extremeña, p. 339; Magaña recoge en comarca de Enciso la acepción 'ramas que se cortan para combustible del hogar', p. 64); *zagón* (Goicochea, p. 176); *zagorra* (Goicochea recoge dos acepciones más: 'piedra terciada que se usa en las obras como relleno' y 'conjunto de pajas y pelusa que forma la cama de los nidos', p. 176); *zurrapote* (Magaña, p. 303; Goicochea, p. 179; Montaña de Navarra).

Por lo que hemos expuesto anteriormente, se ve claramente que la obra sobre el *Habla de Anguiano* se mantiene en un plano fundamentalmente descriptivo, documentando una serie de fenómenos lingüísticos según los niveles antes aludidos. No obstante su ortodoxa presentación, se observa a veces una cierta vacilación o algunas omisiones (caso del vocabulario), cuando no ciertas lagunas de método. Como resumen nos limitaremos a enumerar algunos casos de tipo general, que a nuestro parecer merecen ser tenidos en cuenta y que, sin duda, las autoras ya habrán pensado para la obra de conjunto sobre la cuenca del Najerilla. Nos referimos a los siguientes: a) mientras que unas veces se señalan fenómenos generales y comunes a una gran parte de la Península, e incluso de Hispanomérica, otras, en cambio, no se hace ninguna distinción pese a tener amplia difusión en las hablas hispánicas; b) los fenómenos lingüísticos más específicos de la zona examinada debieran tener un mayor relieve en la exposición; c) se observa cierta escasez de referencias etimológicas y de los correspondientes procesos evolutivos que podrían dar mayor luz sobre aspectos fundamentalmente fonéticos y léxicos; d) las consideraciones de tipo estructural y sociológico, tan extendidas últimamente en los trabajos de dialectología, deberían, a nuestro parecer, recibir una mayor consideración; e) quizá lo que llame más la atención sea la ausencia de transcripción, con cuya omisión se corre posiblemente el peligro de velar algunos fenómenos fonéticos y fonosintácticos dignos de resaltarse; f) finalmente, dentro del vocabulario, hubiera sido interesante documentar con mayor profusión de referencias bibliográficas las unidades léxicas más características de la zona investigada, e igualmente interesante hubiera sido haber dado

cabida a un mayor número de palabras según los diferentes campos semánticos: flores, pájaros, aperos de labranza, útiles de la casa, modismos, frases proverbiales, etc.

Dado que la zona estudiada, como en general todo el riojano, es, según la opinión más generalizada, una habla fronteriza, híbrida, sometida a muy diversos influjos laterales y, al parecer, con muy pocos rasgos autóctonos, hubiera sido deseable una caracterización, acomodada a las posibles líneas de influencia.

Al margen de estas consideraciones que he juzgado oportuno hacer con un verdadero sentido de colaboración dentro de mis posibilidades, el estudio sobre el habla de Anguiano no cabe duda que allega una mayor información sobre una parte importante de una habla un tanto descuidada y que actualmente está recibiendo una atención más detenida. La obra reseñada y el proyecto en que se halla encuadrada, así como la aparición del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*, son claros ejemplos de ello.

Vidal Alba de Diego

CANELLAS LÓPEZ, Angel, *Colección diplomática del Consejo de Zaragoza: Años 1119-1276*. Zaragoza, 1972.

La presentación abarca de la página 11 a la 15; el autor indica la intención de realizar *una revisión del presente y pasado de la inmortal ciudad de Zaragoza*, basada en los diplomas que él mismo transcribe, revisión que puede seguirse paso a paso en los mismos. Viene a continuación (pp. 12-15) una lista bibliográfica de las obras citadas con mayor frecuencia y la nomenclatura utilizada.

Explica después, dentro del prólogo, el origen de los manuscritos (páginas 19-27), la mayor parte de los cuales se guardaban en la iglesia de San Salvador o La Seo, y los de uso cotidiano, en la Casa del Puente. Parece que la suerte de los archivos y privilegios de la ciudad fue diversa en el transcurso de los siglos: del XV son las primeras noticias que se encuentran de los trabajos documentales; a partir de esta centuria y hasta el XIX disminuyen las noticias conservadas. Entrados en el XX, la preocupación por los fondos municipales da origen a obras monumentales.

En la segunda parte de la introducción, y con el título *Siglo y medio de vida zaragozana* (pp. 31-69), facilita una síntesis ordenada de las noticias históricas que ofrece la *Colección*: notas distribuidas en diversos apartados, como son la delimitación del escenario geográfico (doc. 5), la repoblación del territorio, la riqueza económica, la conexión con el rey de Aragón, etc. Con-

cluye este capítulo con la relación entre iglesia-ciudad de Zaragoza, y nos pone en conocimiento de diversos obispos y canónigos de La Seo, recogiendo todos sus nombres en el índice analítico de la *Colección documental*.

Antes de dar la transcripción de los documentos, indica la procedencia y cantidad de los mismos distribuidos en los diversos reinados, comprendidos éstos entre los años 1119-1276; y por último las normas de edición junto con las abreviaturas de los datos archivísticos y paleográficos (pp. 73-79). Dicha transcripción, expuesta en orden cronológico, queda completada con un apéndice (pp. 248-254), compuesto por cinco manuscritos de los siglos XV y XVI que discurren sobre los privilegios de la ciudad y de la ordenación de su archivo.

Para dar fin a la obra, redacta un índice analítico (pp. 257-292) de antropónimos, topónimos y asuntos citados en la *Colección*.

El estudio que aquí reseñamos es un muestrario exhaustivo del Concejo de Zaragoza y de su historia. Canellas rinde una perspectiva inmejorable de los años por él elegidos. Esperemos que próximamente dé a la luz la continuación de esta obra, para que los interesados en la historia medieval de la ciudad tengan una guía segura.

Angeles Líbano Zumalacárregui
Universidad de Zaragoza

BALLARÍN CORNEL, Angel, *Civilización pirenaica: Vestigios ancestrales, toponimia, leyendas, refranes, adivinanzas y dichos*. Zaragoza, 1972.

Bajo un título ambicioso, como es éste, el autor trata de dar una visión de conjunto de lo que para él forma parte integrante —y en ocasiones esencial— de la vida altoaragonesa.

Como ya explica en el prólogo, hacer un estudio global de toda la región pirenaica resultaría complejo; por ello se ciñe a la zona que mejor conoce y de la que ya trató en sus obras: *El valle de Benasque* y el utilísimo *Vocabulario de Benasque*.

En la introducción de su libro destaca la unidad de civilización entre las vertientes francesa y española de los Pirineos, y realiza después un amplio y detallado análisis de los caracteres —solidaridad, amor a la libertad, religiosidad, trabajo— que son, a su modo de ver, definidores de los hombres que pertenecen a dicha cultura.

La parte primera de la obra, dedicada a lo que él llama “vestigios ancestrales” (p. 25), estudia, en diversos apartados, una serie de objetos y elemen-

tos destacables, específicos de la vida benasquesa. Los animales, las personas y sus diferentes oficios y ocupaciones tienen también un lugar en esta amplia panorámica en la que, desde un principio, se presta atención preferente a la exaltación del dialecto aragonés y se aconseja encarecidamente a los hablantes la utilización de la lengua vernácula que ha de ser compaginada con la oficial.

Una segunda parte del libro se ocupa de diversas cuestiones toponímicas. En ella, tras una enumeración de los pueblos situados a ambas orillas del Ésera, acompañada de sus denominaciones locales, se citan algunos topónimos del valle, y el autor se detiene particularmente en el estudio de las voces *Aneto* y *Benasque*, para las que, una vez señaladas algunas etimologías que anteriormente ya habían sido propuestas por diversos filólogos, ofrece sus propias hipótesis, consistentes en el nombre del dios de los iberos, *Neto*, para la montaña *Aneto*, y en la denominación del planeta *Venus* como formante posible de la sílaba *Ben* en el nombre *Benasque*, basada esta última sugerencia etimológica en el hecho de que la villa citada cuenta con una estrella en su escudo, que bien podría ser el Lucero del Alba. Las soluciones presentadas se dejan a la consideración de los estudiosos y se ofrecen como un elemento más sobre el que basar investigaciones posteriores.

Por último, y dentro de este apartado, quedan reseñados muchos topónimos menores del valle; se explican las características de los lugares denominados y se exponen sus etimologías, cuando éstas son conocidas. En los casos que todavía no han sido establecidas, el autor propone las que le parecen más acertadas e incluso arriesga sus propias soluciones.

En la parte tercera encontramos narraciones y comentarios a diversas leyendas benasquesas, muchas de ellas comunes a casi todos los pueblos montañoses. Su lectura resulta agradable por la amenidad con que están relatadas, de la misma manera que curiosos e interesantes son los *Refranes*, *adivanzas* y *dichos* de la parte cuarta, que vienen ofrecidos por orden alfabético y acompañados de explicación, notas y sus correspondencias en castellano, cuando las hay.

Como apéndice, el libro aquí reseñado ofrece un relato popular o cuento escrito en benasqués e ilustrado con notas aclaratorias.

Completan la obra cuatro mapas de la zona y veintiuna fotografías de paisajes, utensilios, personas, etc., del valle de Benasque, y de asuntos relacionados con el contenido del texto.

A. Ballarín, como antes han hecho R. Violant y Simorra en *El Pirineo español* (Madrid, 1949) y P. Arnal Caveró con sus *Refranes, dichos, mazadas del somontano y montaña oscense* (Zaragoza, 1953), explora una área aragonesa en busca de los vestigios culturales y folklóricos en ella subyacentes. Es, pues, de indudable interés para el estudioso de la Etnología y, si bien no profundiza excesivamente en cuestiones de tipo lingüístico, consigue, sin duda ninguna, lo que expone en el prólogo: bucear una vez más en las cosas de Benasque y ofrecer al lector los logros de su trabajo.

María Pilar Jaime Sisó
Universidad de Zaragoza

GONZÁLEZ OLLÉ, Fernando, *Textos lingüísticos navarros*. Pamplona. Institución "Príncipe de Viana". 1970.

La obra de Fernando González Ollé constituye un nuevo realce del estado lingüístico de la Navarra medieval. La historia y desarrollo de esta zona ha sido escasamente cultivada, hasta pocos años atrás, por los estudiosos de dicho campo, ya que ligada siempre al aragonés, los investigadores han sufrido la escasez de documentación relativa al dominio navarro.

En estos últimos años, esta falta de textos lingüísticos para el conocimiento del antiguo navarro ha sido subsanada por diversas publicaciones, algunas de ellas promovidas por la Institución "Príncipe de Viana", siempre preocupada por la historia de Navarra, y otras realizadas por varios autores, entre los que podemos citar a Francisco Ynduráin, Carmen Saralegui, Ricardo Ciérvide, y Apat-Echebarne. Estas obras, de indudable interés lingüístico y rigor científico, son un verdadero filón para el interesado en este tema.

Con la publicación de los *Textos lingüísticos*, documento imprescindible de ahora en adelante para el estudioso del viejo navarro, González Ollé, partiendo de escritos latinos (siglo XI) y llegando hasta el XV, fecha en la que la mayor parte de los cartularios conservados están casi todos ellos redactados en castellano, nos pone de manifiesto la irregularidad lingüística del área geográfica navarra. El autor elige los textos que transcribe entre los ya impresos y entre manuscritos conservados en diversos archivos; de esta manera podemos realizar un estudio comparativo con obras ya publicadas, o examinar detenidamente la suya para observar los distintos estados e influencias por que atraviesa el navarro medieval desde las primeras noticias que de él tenemos hasta la casi total castellanización, entrado el siglo XVI.

Completa la obra un glosario de voces para la mejor comprensión del lector de los documentos seleccionados, en el que se incluyen, dentro de la voz citada, las variantes que se hallan en el contexto. En el mencionado índice analítico se aprecia la variedad e inestabilidad de las grafías que el área lingüística registraba.

Quizá podría haberse añadido una lista de topónimos y antropónimos que, si bien su ausencia no merma la excelente calidad de la obra, habría sido una ayuda indiscutible para los investigadores de este campo.

Angeles Libano Zumalacárregui
Universidad de Zaragoza